III

12 de Junio.

El Marqués ha acudido á mi llamamiento, aunque hubiese preferido excusarlo; ahora sé el motivo. En lugar de resumir nuestra conversación, voy á reproducirla con toda la exactitud que me sea posible.

Después de haberle censurado cortésmente por la escasez de sus visitas, he abordado la cuestión que me ocupa ligeramente y en tono natural, para impedir que se pusiera en guardia.

—Mi notario—he dicho,—al arreglar el inventario de la herencia del Duque, acaba de hacer constar la desaparición de un número bastante considerable de títulos al portador. Todo hace creer que estos valores han sido sustraídos después de la muerte de mi

marido, y el Sr. X... me aconseja ir á los tribunales para averiguar la verdad.

Mientras yo decía estas últimas palabras, miré al Marqués al descuido con el rabillo del ojo y creí advertir un ligero estremecimiento en él.

Continué en el mismo tono añadiendo:

—Antes de decidirme á acudir á la justicia, lo cual siempre es enojoso, he pensado que debía tomar directamente, y por mí misma, algunas informaciones. Por esto me he decidido, querido Marqués, á privar á V. de sus ocupaciones y de sus recreos.

—Doy á V. gracias, Duquesa; pero no veo en qué pueda yo ilustrarla acerca de los valores en cuestión.

—¿No lo sospecha V.? Es muy sencillo. Si V. tiene el más mínimo motivo para creer que el Duque, de quien era V. íntimo amigo, haya vendido, prestado ó comprometido estos títulos, como tenía perfecto derecho, en su calidad de jefe de esta casa, V. puede decírmelo, evitándome así pasos y gestiones desagradables.

El Sr. de B..., con aire preocupado, fruncido el entrecejo, buscaba, sin duda, una respuesta evasiva. Yo no le dejé tiempo de en-

contrarla y estreché el círculo con viveza.

—¿El Duque hizo en la Bolsa alguna mala operación? ¿Quiere V. reunir sus recuerdos para contestarme?

Vaciló; acaso para desembarazarse de mí y cortarme el camino que presumía peligroso, le vino quizá á las mientes la idea de decir que mi marido había jugado, con efecto, y perdido en la Bolsa. Pero es demasiado caballero para llegar hasta mentir. Yo ya contaba con esto.

—Que yo sepa—repuso por último con timidez,—Gontrán no ha especulado nunca en la Bolsa; eso no entraba en sus ideas.

—Lo pensaba, pero quería estar segura. Busquemos, pues, otra cosa... Á mi marido no le gustaban las cartas, no tenía la costumbre de jugar. También lo sé. Sin embargo, los hombres están expuestos á dejarse arrastrar por eventualidades pasajeras. ¿No se lee á cada instante en los periódicos que los señores Tal y Cual han perdido en una semana, á veces en una noche, sumas considerables? ¿Estaba por ventura Gontrán libre en absoluto de ser víctima de semejante locura? Si la cometió, yo no respetaré por eso menos su memoria, porque soy indulgente con todas las

faltas que no tocan al honor, y por tanto, me puede V. hablar con franqueza.

No quitaba los ojos de él. Después de una nueva vacilación y de un nuevo esfuerzo, contestó:

—No, Duquesa, no creo que Gontrán haya jugado.

—Fuera de la Bolsa, de las cartas y de las carreras de caballos, que probablemente no le entusiasmaban demasiado, ¿no ve V. alguna otra cosa... una compra importante... un préstamo?... Busque V. bien en su memoria.

Parecía que trataba de recordar.

—No recuerdo nada—murmuró por último.

Estas palabras fueron pronunciadas con voz mal segura, como si le hubiese costado trabajo el pronunciarlas. Me engañaba, pues. Mentía, contra su costumbre y sus hábitos. Mi deseo de saber iba en aumento. ¿Qué sentimiento me dominaba? La curiosidad, sin duda; una curiosidad honrada que en nada ofendía á mi marido: hasta tal punto estaba yo persuadida de que en su vida había cometido graves faltas que poderle echar en cara.

—Entonces—repuse como si terminase mis

razonamientos—es evidente que el Duque no ha dispuesto de estos valores antes de su muerte: que nos han sido sustraídos: que debo, por tanto, seguir el consejo de mi notario.

—Dar parte á la justicia...—murmuró.

—Sin duda: juzgue V., se trata de un millón.

Esta cifra bastante fuerte, sin embargo, no pareció sorprenderle. Se diría que la esperaba, y que la conocía lo mismo que yo. Con aire tranquilo, que no podía engañarme, replicó:

—No vaya V., Duquesa, á procurarse disgustos por el dinero. ¡La policía en su casa! Se tratará de hacer una información, de interrogar á sus criados... Después citaciones ante el Juez de instrucción, nuevos interrogatorios, largas dilaciones, inquisitivas en las casas de banca y de crédito, porque el Juez, naturalmente, habrá de decirse: "Nadie guarda en su propia casa un millón en títulos, sino que lo deposita; el documento, pues, del depósito es lo que sin duda ha sido sustraído.„ Y hé aquí que todo París se mezclará en estos asuntos. Los diarios se apoderarán de la cosa, harán hipótesis sobre la vida de Gontrán y aun sobre la de V... Créame,

Duquesa, renuncie á este procedimiento, que no ha de dar resultados positivos.

Había dicho demasiado y con tono harto animado para su frialdad de siempre. Su deseo de hacerme renunciar á mis proyectos era muy transparente; así es que yo insistí:

—Sí, todas esas incomodidades me esperan. Sin embargo, no creo tener derecho para sustraerme á tales molestias; personalmente puedo perder un millón, porque esto me concierne exclusivamente á mí, pero me está vedado sacrificar los intereses de los que vengan tras de mí, de mis herederos.

—Usted no tiene hijos.

—Tengo sobrinos, que el Duque quería mucho... y algo más grave todavía debo á la memoria de mi marido: la demostración de que esta suma le ha sido robada.

—No comprendo.

—¿No comprende usted? Si rehuso reclamar ante los tribunales, provocar el que se abra una información siguiendo los consejos de mi notario, mi conducta equivaldría á declarar que el Duque ha sido un pródigo, un disipador; que á pesar de sus rentas considerables ha distraído un millón del capital... Y esto, sin prevenirme... Usted lo comprende,

querido Marqués, no puedo dudar... y no vacilo.

—Entonces, ¿decididamente se atreverá usted á entablar esa reclamación? —preguntó con interés.

—Sí, señor, hoy mismo... ¿Cómo no? ¿Por ventura usted no aprueba mi conducta?

—No, Duquesa.

—¿Por qué? Deme usted al menos alguna razón.

Estrechado de esta manera, exclamó con viveza:

—Haría usted mal en hacer públicas ciertas cosas...

De pronto se detuvo, como si hubiese ido demasiado lejos.

—¿Qué cosas?—pregunté irguiendo la cabeza, y admirada esta vez tanto como él.—¡Ah! Tenga usted cuidado; usted no puede callarse ahora... me debe usted una explicación, en el acto, de las palabras que acaba de pronunciar. ¿Qué cosas son esas que es preciso ocultar á los ojos de todo el mundo?

No respondió una palabra más. Pero yo me atreví á añadir:

—¿Se relacionan, pues, con el honor?

Entonces se irguió y gritó con vehemencia:

—¡No! ¡no! Gontrán no ha sucumbido jamás faltando á él.

—Lo sé, al menos lo supongo—exclamé con la misma voz y en un arranque de orgullo.—Pero entonces, ¿por qué aconsejarme el silencio, impidiéndome castigar á los miserables, á los ladrones?

—No se trata de ladrones... El dinero ha sido dado.

—¿Por Gontrán?

—Sí.

—¿Á quién?

—Le ruego, Duquesa, que no me obligue á decirlo.

—Yo le suplico á mi vez que hable. Tengo necesidad de que confiese V., y se lo exijo.

—No tengo derecho á hacer traición al secreto de un amigo.

—Sí. Para impedir que otros le conozcan; porque no somos más que dos los que tenemos que guardarle. Su deber estricto es hablar, declararme á mí cuanto haya...

—¿Y si V. sufre con estas confidencias?

—Si sufro, si me causa dolor la comunicación de esos secretos, tanto peor para mí; yo tengo la culpa, puesto que lo he exigido.

Y aproximándome á él, en tono muy bajo y

reconcentrado, con el corazón oprimido, porque ya había adivinado yo de qué se trataba, añadí:

—Hay una mujer en este asunto, ¿no es cierto?

El silencio que guardó equivalía á una afirmación terminante.

—¿Quién es esa mujer? — continué, más irritada ahora que curiosa.—Una mujer de un millón no es una advenediza cualquiera vulgar.

—Y sin embargo, es la última acaso que se cruza en nuestro camino, quizás la más vulgar de todas—respondió el Marqués.

En la manera despreciativa con que pronunció estas palabras adiviné lo que necesitaba. Pero una idea vino á herir mi pensamiento, y repuse vivamente:

—La muerte de mi marido fué voluntaria, ¿no es verdad? ¿No fué el delirio quien le mató?

—No lo sé.

—¿Qué piensa V.? No mienta; hablamos de un muerto.

—Creo que en parte tuvo razón para hacer lo que hizo.

—¡Cómo! ¿Usted aprueba que se haya matado por esa mujer?

—No se ha suicidado por ella: se quitó la vida por miedo á ella.

—¿Qué podía temer?

—Ser arrastrado todavía más y más á nuevas locuras.

—¿Locuras de dinero?—dije con voz sorda.—Habría hecho mejor viviendo y arruinándome... ¡Cuánto debía amarla para temerla de ese modo!

—No, no la amaba.

—Sí, sí, sé lo que va V. á decir. Los hombres tienen frases, expresiones diversas cuando se trata de amor. *Desean*, pero no *aman*. Para nosotras las mujeres, amar y desear tanto monta... Por lo demás, con un millón ha podido satisfacer todos sus deseos. Si se ha matado, amaba en realidad. Y si no, responda V. si puede, para destruir mis afirmaciones.

—No puedo—murmuró.

Yo no recogí entonces esta frase, que ahora hiere mi pensamiento: ¿quería decir "no puedo explicarme ciertos sentimientos,„ ó bien: "hay cosas de las cuales no puedo hablar á V.?„

—Ha sido V. el amigo íntimo de mi marido—le dije con voz áspera.—Era V. su confidente... Si yo hubiese dudado alguna vez, no dudaría ya... y V., sin embargo, no ha tratado de arrancar de su lado á esa criatura que debía matarlo.

El Marqués respondió suavemente, con la cabeza baja y los ojos humedecidos:

—Por el contrario, he intentado librarle de ella cien veces, pero inútilmente.

Y como se inclinase ante mí, disponiéndose á despedirse sin atreverse á alargarme la mano, le dije bruscamente, obedeciendo á no sé qué instinto:

—¿Cómo se llama?

Titubeó un instante. Entonces añadí:

—¡Basta! Lo preguntaré á otras personas. Sus amoríos no habrán sido secretos. Yo sola probablemente los ignoraba.

—Nadie, absolutamente nadie más que yo los conocía.

—¿Se ocultaba, pues, ella? ¿Era una mujer del gran mundo, casada tal vez, aunque venal?

—No... una cortesana.

—Pues ésas no hacen misterio de su conducta, sobre todo cuando logran premios tan crecidos. Un amante pródigo les sirve de enseña, y publican su nombre por todas partes.

—Cuando lo saben—deslizó el Marqués.

—Cómo, ¿no sabía el nombre... de su amigo de V.?

—Jamás. Lo ha conocido siempre con un nombre supuesto.

—¿Y ella? Puede V. nombrármela ahora, puesto que se trata de una...

—Si lo exige V...

—Lo exijo.

—Se llama Melinita.

—¿Melinita? ¿Es eso un nombre de mujer?

—No la conozco por otro.

—Bien, muchas gracias. Adiós.

Se inclinó de nuevo y salió.

IV

15 de Junio.

¿Conque aquel á quien yo he preferido á todos, porque lo creía más leal, más enamorado que los demás; aquel de quien yo he sido la compañera rendida, fiel, sin que jamás un asomo de coquetería haya aparecido en mi existencia; aquel á quien amaba tanto cuanto me creía amada por él; este marido, este amante, este amigo, cansado de mí al tercer año de matrimonio, buscaba una advenediza, matándose por ella, ó al menos por su causa?...

¡Ah, esto es infame! ¡Cuánto he sufrido después de esta revelación... tanto como en los momentos de su muerte!... ¿No acaba de morir para mí, una segunda vez?

Sufro en mi orgullo, cruelmente herido; en mi amor, que creía eterno. Sufro, porque no

puedo ya vivir de los recuerdos, vivir del pasado, y sufro, en fin, porque desprecio lo que antes respetaba. No, no; hago mal en pensar y hablar así. Ya no existe, y debo perdonarle.

¿Perdonar? No puedo, no lo podré nunca... precisamente porque ha muerto. Se perdona á veces una injuria, una ofensa, cuando se puede arrojarla á la cara del ofensor duramente, pegar, herir, estallar en cólera, dar rienda suelta á los dolores. Pero mi rabia se esparce en el vacío; mis gritos no los escucha. No puedo devolverle el mal que me ha causado exclamando: "Ya estamos en paz, y perdono."

Y, sin embargo, me ha amado, me ha amado mucho... ¡Oh! Estoy segura; no es fácil engañarse una en esta materia... ¿Por qué de repente he dejado de gustarle?

¿Ha cambiado mi semblante? ¿Soy menos bella? No es probable, porque una amiga ya se habría encargado de buscar el medio para hacérmelo comprender.

Antes, por el contrario, parecía que todo el mundo que me rodea estaba de acuerdo en reconocer que el matrimonio me había embellecido. Nunca he gozado de tanta aura popular en la sociedad como el año último. Mis éxitos

en este punto se contaban por mis exhibiciones. Mi entrada en un teatro, en un baile, siempre causaba sensación. La gente se colocaba en fila para verme pasar, y de la generalidad se escapaba un rumor de admiración...

Me veo obligada á decir esto, porque es la verdad, y en este diario la consigno con sinceridad absoluta... Por lo demás, ¿no se escribía precisamente esto? Sí, hace seis meses apenas, un periodista afirmaba que yo era, no ya la más linda mujer de París, como la heroína de una novela que ha provocado gran ruido, sino la más linda mujer del mundo...

Y es el Duque, sí, mi marido, quien por cierto me ha traído el artículo. Yo estaba furiosa, incomodada de veras de que se atreviesen á ocuparse de esta suerte de mi persona; quería protestar, exigir el silencio; pero él me dijo, sonriendo con su fina sonrisa... ¡Ah! ¿por qué no lo veo todavía sonreir de aquella manera!... Me dijo: "Querida amiga, harías mal en quejarte: tu nombre, tu fortuna, tu belleza te constituyen en una verdadera celebridad; perteneces, por consiguiente, quieras ó no, al eco de los periodistas." Sí, en lugar de estar descontento de estos elogios, él, que siempre huía del ruido y que gustaba de la soledad y

de la sombra, parecía encantado y orgulloso.

Me amaba, pues, todavía... y no obstante, esta mujer, esta Melinita... La deseaba solo, ha insinuado el Marqués. ¡La deseaba! ¿Qué tiene, pues, esa mujer para ser más deseable que yo?

¡Ah! Quisiera saberlo...

¿Y qué me importa? ¿Me rebajaré hasta ocuparme en semejante criatura? Me ha engañado, me ha traicionado; hé aquí todo lo que me concierne. Me es indiferente que haya sido con ésta ó con aquélla; con esta especie ó con aquella otra.

¡Qué bien me ha engañado! ¿Cómo era posible que yo dudara de él?... ¡Es admirable! ¡Qué diplomático y que cómico tan perfecto! ¡Qué corrección en la incorrección! Nada ha cambiado en su vida. Cuando no me acompañaba al teatro ó á reuniones, pasaba la noche á mi lado, en el hotel, en el saloncito azul... donde ya no me atrevo á entrar: lo veo siempre sentado en el mismo sitio. ¿Á qué hora me engañaba, pues? ¿Á qué hora se amaban? Entre cuatro y siete, sin duda. Á la hora del círculo, ó para hablar con propiedad, á la hora de los amores de los hombres casados, de los hombres que engañan á sus respectivas

mujeres, guardando las formas, el último átomo de pudor, el adulterio púdico.

¡De cuatro á siete de la tarde! ¿Por qué, pues, llamar á esas mujeres, como algunos, damas de noche? Sería más propio denominarlas damas de día, aunque por lo visto distribuyen su tiempo repartiéndolo de sol á sol entre célibes y casados, los unos que no se ocultan y los otros que engañan ocultándose...

No sé cuáles son preferibles; acaso los cínicos... sí. Volver cerca de la mujer legítima, de la mujer honrada, pasar hipócritamente la noche al lado de ella cuando se han agotado todos los recursos del amor en brazos de otra, constituye una nueva infamia y una nueva injuria.

Me acuerdo como si fuese ayer... Nada ha cambiado, no solamente en su vida, en sus hábitos, en sus respetos, en sus atenciones hacia mí, ni siquiera en sus ternuras, hasta el instante en que ha caído enfermo... ¿Lo estaba en efecto, ó se ha fingido tal para que se atribuyese su suicidio á un rapto de delirio?... ¡Ah! Me ha engañado hasta el final, y la medicina también... Sí, las mismas ternuras. Creo aún acordarme de los últimos tiempos, en que parecía estar más enamorado...

Los remordimientos causaban aquel efecto... Acaso era un artificio todo aquello, para engañarme mejor, para alejar toda sospecha, porque el culpable se cree siempre espiado... y además, la otra, Melinita, le había educado sin duda enseñándole ciertos refinamientos para amar mejor... Estas mujeres deben conocer todos los resortes del amor, como que ellos constituyen su oficio... ¡Ah! ¿Por qué no luchamos nosotras con ellas? ¿Por qué no sabemos hacernos amar por los medios y el sistema que ellas emplean y siguen?... Quizá nuestra ignorancia, nuestros pudores, nuestras virtudes sean la causa de que perdamos á nuestros maridos. Van á otra parte á buscar lo que nosotras no sabemos otorgarles... ¡Oh, señoras! ¡Menos ternura y más pasión! ¡La pasión! ¿Saben ellas por ventura tenerla? Pero ¿qué importa, si saben aparentarla, y el Duque se ha dejado sorprender y gustoso ha consentido en ser engañado?

He creído adivinar que él no había corrido demasiado el mundo hasta nuestro matrimonio. Parecía una persona mesurada y prudente; ha encontrado una loca, y se ha dejado incendiar. La prudencia cayó á los pies de la locura.

Y bien, no. Esto no debe ser así. Si ella le hubiese amado con frenesí, con pasión, le hubiese hecho tan dichoso que no se habría matado... Hay algo más aquí, hay otra cosa que es preciso averiguar. No he oído hablar en mi vida de esta Melinita. Si fuera muy conocida y estuviese de moda entre sus semejantes, habría oído pronunciar su nombre, como se cita á todas las notables. Los hombres no se ocultan de hablar delante de nosotras de tales hembras; un nombre impuro no puede herir, después de todo, nuestra pureza... Conmigo, la curiosa por excelencia, la personificación viviente de la interrogación misma, como se me ha llamado entre los que me conocen con cierta intimidad, los hombres, repito, no sólo no callan, sino que, antes por el contrario y para hacerse simpáticos á mis ojos, han procurado siempre saciar mi curiosidad, hablándome de todo. Ha habido hasta quien ha pensado, mi marido precisamente, que me gusta instruirme con tal que todo se me diga con delicadeza. Los que me conocen saben que yo no escucho ni comprendo sino aquello que quiero comprender y escuchar, y que hablando conmigo se puede ir todo lo lejos que se quiera, mientras que yo no detenga

á mi interlocutor con una mirada que le prohiba penetrar en terreno vedado.

Y yo, sin embargo, por más que hago por recordar, nunca oí hablar de esta Melinita... ¿Quién es, pues?... ¿Qué tiene de extraordinario para que el Duque la haya preferido á mí, le haya dado un millón y se haya suicidado por su causa?

V

18 de Junio.

La conozco, es decir, me han dado noticias acerca de ella; porque conocerla, ni aun siquiera de vista, no espero que me ocurra en la vida.

Mi primito Arturo de Blazac es quien me ha edificado con el particular. Escribo edificado, y no escandalizado, sin razón ninguna.

¡Qué original es este infeliz de Blazac! Delgaducho, mezquino, rubillo, chatungo, boca pequeña, manos pequeñas, pies pequeños, todo, todo pequeño, se le tomaría, á pesar de sus treinta años, por un alumno del Sagrado Corazón echándolas de joven. Hemos esperado en algún tiempo en la familia que se sacaría partido de él, porque es inteligente é instruído; pero á poco nos ha desencantado á